

peligrosos principios que ha adoptado, querría impulsarla en la senda del progreso: contenerla hoy en ella, sería condenarla a una muerte innoble. Yo no me contentaría con discursos: uniendo las obras a la fe, prepararía soldados y millones, construiría buques, como Noé en la previsión del diluvio, y si me preguntaban por qué, respondería: «Porque tal es la voluntad de Francia.» Mis despachos advertirían a los gabinetes de Europa que no se había de tocar a nada en el globo sin nuestra intervención, y que si se distribuyen los pedazos del mundo, nos corresponde a nosotros la parte del león. Dejaríamos de pedir humildemente a nuestros vecinos permiso para existir; el corazón de Francia latiría libremente sin que ninguna mano fuera osada a tocar este corazón para contar sus latidos; y pues que buscamos nuevos soles, yo me precipitaría al encuentro de su esplendor sin esperar la salida natural de la aurora.

¡Haga el Cielo que los intereses industriales, a los que debemos un nuevo género de prosperidad, no engañen a nadie; que sean tan fecundos, tan civilizadores como los intereses morales de que salió la antigua sociedad! El tiempo nos demostrará si no son un sueño infecundo de las inteligencias ilimitadas, que no tienen la facultad de salir del mundo material.

Aunque mi papel haya terminado con la legitimidad, mis votos son siempre la felicidad de Francia, cualesquiera que sean los poderes a que su imprevisor capricho la haga obedecer. Respecto a mí, nada pido; sólo querría no sobrevivir mucho a las ruinas que se amontonan a mis pies. Pero los años son como los Alpes; apenas se atraviesan los primeros, se ve levantarse otros. ¡Ay! Las postreras y más elevadas montañas están deshabitadas, áridas y blanquecinas.

ENFERMERÍA DE MARÍA TERESA.—PROCESO DE LOS MINISTROS. — SAINT-GERMAIN-L'AUXERROIS. — SAQUEO DEL ARZOBISPADO. — MI FOLLETO SOBRE LA RESTAURACIÓN Y LA MONARQUÍA ELECTIVA. — ESTUDIOS HISTÓRICOS.

París, octubre de 1830.

Al salir del estrépito de las tres jornadas, me sorprende abrir en profunda calma la cuarta parte de esta obra: me parece que he doblado el cabo de las

Tempestades, penetrando en una región de paz y de silencio. Si hubiese muerto el 7 de agosto de este año, las últimas palabras de mi discurso en la Cámara de los Pares hubieran sido las últimas líneas de mi historia: mi catástrofe, siendo la misma de un pasado de doce siglos, habría engrandecido mi memoria. Mi drama hubiera concluido magníficamente.

Pero no quedé en el sitio, no fui arrojado a tierra. Pedro de L'Estoile escribía esta página de su diario al día siguiente del asesinato de Enrique IV:

«Y aquí termino con la vida de mi rey (Enrique IV) el segundo registro de mis entretenimientos melancólicos y de mis vanas y curiosas investigaciones, tanto públicas como privadas, interrumpidas con frecuencia hace un mes por las vigiliadas de las tristes y penosas noches que he sufrido, aun esta última, por la muerte de mi rey.

»Me había propuesto cerrar mis efemérides con este registro, pero tantas cosas nuevas y curiosas han sucedido con esta insigne mutación, que paso a otro, el cual continuará hasta donde plazca a Dios, y creo que no será muy largo.»

L'Estoile vió morir al primer Borbón: yo acabo de ver caer al último: ¿no debería cerrar aquí el registro de mis entretenimientos melancólicos y de mis vanas y curiosas investigaciones? Tal vez; pero tantas cosas nuevas y curiosas han sucedido con esta insigne mutación, que paso a otro registro.

Yo lamento, como L'Estoile, las adversidades de la raza de San Luis; no obstante, me veo precisado a confesar que a mi dolor va unida una especie de contento interior, que, por más que me lo reprocho, no lo puedo apartar: ese contento es el del esclavo, libre de sus cadenas. Cuando abandoné la carrera de soldado y de viajero, sentí tristeza: ahora, presidiario libre de las galeras del mundo y de la corte, experimento alegría. Fiel a mis principios y a mis juramentos, no he hecho traición ni a la libertad ni al rey: no me llevo riquezas ni honores, y marchó tan pobre como llegué. Feliz por terminar una carrera política que me era odiosa, vuelvo con amor al reposo.

¡Bendita seas, oh nativa y querida independencia mía, alma de mi vida! Ven y tráeme mis *Memorias*, ese *alter ego* de que eres la confidente, el ídolo y la musa. Las horas de ocio son propias para

las narraciones: naufrago, continuaré refiriendo mi naufragio a los pescadores de la ribera. Al volver a mis instintos primitivos, me hago libre y viajero, y termino mi carrera del mismo modo que la empecé. El círculo de mis días, que se cierra, me conduce al punto de partida. El camino que en otro tiempo recorrí, como bisono indolente, voy a emprenderlo de nuevo como veterano experimentado, con mi licencia en el chacó, y la mochila llena de años sobre la espalda. ¿Quién sabe? Quizás encuentre de jornada en jornada las ilusiones de mi juventud. Llamaré muchos ensueños en mi ayuda para defenderme contra esa horda de verdades que se engendran en los pasados días como se ocultan dragones en las ruinas. De mí solo dependerá el anudar los dos extremos de mi existencia, el confundir épocas lejanas entre sí, el mezclar ilusiones de diferentes edades, puesto que al príncipe a quien encontré desterrado, al partir de mi hogar paterno, le vuelvo a encontrar expatriado al volver a mi última morada.

En el mes de octubre del año pasado (1) tracé rápidamente la corta introducción de esta parte de mis *Memorias*; pero no pude proseguir este trabajo, porque tenía otro entre manos: se trataba de la obra que terminaba la edición de mis *Obras completas*. Hasta en este trabajo fui interrumpido primero por el proceso de los ministros, y, más tarde, por el saqueo de Saint-Germain-l'Auxerrois.

El proceso de los ministros y la conmoción de París no me impresionaron gran cosa: después del proceso de Luis XVI y de las insurrecciones revolucionarias, todo es pequeño en punto a juicios e insurrecciones. Los ministros, al ir de Vincennes a su prisión del Luxemburgo y al volver a Vincennes, mientras se pronunciaba su sentencia, se encaminaron por la calle del Infierno... Desde el interior de mi retiro oí el ruido de su carruaje. ¡Cuántos sucesos han pasado delante de mi puerta! Los defensores de aquellos hombres quedaron muy inferiores a su trabajo. Nadie tomó el asunto de bastante arriba, y el abogado dominó demasiado en aquellos alegatos. Si mi amigo el príncipe de Polignac me hubiera elegido por defensor suyo, ¡qué mi-

radas habría lanzado a aquellos perjuros que se erigían en jueces de un perjurio! Les hubiera dicho: «¿Sois vosotros los que osáis constituirlos en jueces de mi cliente? ¿Sois vosotros los que, manchados con vuestros juramentos, os atrevéis a atribuirle un crimen por haber perdido a su amo creyendo servirle, vosotros, los provocadores; vosotros, los que impulsábais a dar las ordenanzas? Trocad de sitio con el que pretendéis juzgar: de acusado se convierte en acusador. Si hemos merecido el castigo, no es por vosotros; si somos culpables, no es con vosotros, sino con el pueblo; éste nos aguarda en el patio de vuestro palacio, y vamos a llevarle nuestra cabeza.»

Después del proceso de los ministros, ocurrió el escándalo de Saint-Germain-l'Auxerrois. Los realistas, llenos de excelentes cualidades, pero a veces necios, y con más frecuencia tercos, sin calcular nunca las consecuencias de su proceder, y creyendo siempre que restablecerían la legitimidad llevando la corbata de cierto color o una flor en el pecho, fueron causa de escenas deplorables. Era evidente que el partido revolucionario se aprovecharía de los funerales con ocasión de la muerte del duque de Berry para hacer ruido: los legitimistas no eran bastante fuertes para oponerse a ello, y el gobierno no estaba suficientemente establecido para mantener el orden: así ocurrió que la iglesia fué saqueada. Un boticario volteriano y progresista triunfó valerosamente de un campanario del año de 1300 y de una cruz ya desquiciada por otros bárbaros a fines del siglo IX.

Como consecuencia de las grandes hazañas de aquella farmacia ilustrada, sucedieron la devastación del arzobispado, la profanación de las cosas santas, y la reproducción de las procesiones de Lyon. Faltaban el verdugo y las víctimas; pero había gran cantidad de payasos, máscaras y otras locuras de carnaval. La comitiva, burlescamente sacrilega, marchaba por un lado del Sena, mientras que por el otro desfilaba la guardia nacional, aparentando acudir en ayuda. El río separaba el orden y la anarquía. Se asegura que un hombre de talento estaba allí como curioso espectador, y que al ver flotar en el Sena las casullas y los libros, exclamó: «¡Lástima que no hayan arrojado también al arzobispo!» Frase profunda, porque, en efecto, un arzobispo ahogándose debe ser un espectáculo bastante divertido; ¡haría dar tan

(1) Esta página y las siguientes fueron escritas en el mes de abril de 1831.

gran paso a la libertad y a las luces! Nosotros, viejos testigos de años hechos, nos vemos precisados a deciros que no hay en todo eso más que copias pálidas y miserables. Tenéis todavía el instinto de la revolución, pero no su energía: no podéis ser ya criminales sino en imaginación: queríais hacer el mal, pero vuestro corazón es cobarde y débil vuestro brazo; veríais sacrificar, pero no os pondríais a hacerlo. Si queréis que la revolución de julio sea grande y permanezca como tal, haced que el señor Cadet de Gassicourt no sea su héroe verdadero y *Mayeux* el personaje ideal.

Estaba trascordado cuando al salir de las jornadas de julio creí entrar en una región de paz. La caída de tres soberanos me obligó a explicarme en la Cámara de los Pares. La proscripción de estos reyes no me permitía permanecer mudo. Además, los diarios de Felipe me preguntaban por qué me negaba a servir a una revolución que consagraba principios que yo había defendido y propagado. Hube de tomar la palabra por las verdades generales y para explicar mi conducta personal. Un pasaje de mi folleto, que se perderá (*De la Restauración y de la Monarquía electiva*), proseguirá la cadena de mi narración y la de la historia de mi tiempo:

«Despojado de lo presente, y no teniendo más que un porvenir incierto más allá de mi tumba, me importa que mi memoria no quede grabada con mi silencio. No debo callarme acerca de una Restauración, en la que he tomado tanta parte, a la que ultrajan casi a diario y proscriben a mis propios ojos. En la Edad Media, en tiempo de calamidades, se cogía a un religioso y se le encerraba en una torre, en donde se le ponía a pan y agua por la salud del pueblo. Yo no me asemejo mal a ese monje del siglo xviii: al través de los hierros de mi calabozo expiatorio prediqué mi último sermón a los transeuntes. Véase el epitome de ese sermón que pronuncié en mi último discurso en la tribuna de la Cámara de los Pares. La monarquía de julio se encuentra en una condición absoluta de gloria o de leyes excepcionales; vive por la prensa, y la prensa la mata; sin gloria, será devorada por la libertad; si ataca esa libertad, muere. Tendría que ver, después de haber sido expulsados tres reyes con barricadas por la libertad de la prensa, levantar nuevas barricadas con-

tra esta libertad. Y, sin embargo, ¿qué se habrá de hacer? ¿Bastará la acción repetida de los tribunales y de las leyes para contener a los escritores? Un gobierno nuevo es una criatura que no puede caminar sino con andadores. ¿Pondremos de nuevo a la nación en pañales? Y ésta, que ha mamado la sangre en los brazos de la victoria en tantos vivaques, ¿no desgarrará sus mantillas? No había más que una vieja cepa, profundamente arraigada en el pasado, que pudiese ser azotada impunemente por los vientos de la libertad de la prensa...

«Al oír las declamaciones de ahora parece que los desterrados de Edimburgo son los más insignificantes compañeros del mundo, y no hacen falta en ninguna parte. No falta hoy a lo presente más que lo pasado; ¡es poca cosa! ¡Como si los siglos no se sirvieran de base unos a otros, y el último que llega pudiera tenerse en el aire! Por más que nuestra vanidad quiera borrar los recuerdos, arrancar las flores de lis, proscribir los nombres y las personas, esa familia, heredera de mil años, ha dejado con su retirada un inmenso vacío; por todas partes se hace sentir. Esos individuos, tan pequeños a nuestros ojos, han conmovido a Europa en su caída. Por poco que los sucesos produzcan sus efectos naturales y sus rigurosas consecuencias, Carlos X, al abdicar, habrá hecho abdicar consigo a todos esos reyes góticos, grandes vasallos del pasado, bajo la soberanía de los Capetos.

«Caminamos a una revolución general. Si la transformación que se efectúa prosigue su pendiente, y no tropieza con ningún obstáculo; si la razón popular continúa su desarrollo progresivo; si la educación de la clase media no sufre interrupción, las naciones se nivelarán en una libertad igual: si esa transformación llega a ser contenida, las naciones se nivelarán en un despotismo semejante. Ese despotismo durará poco, a causa de la edad avanzada de las luces; pero será rudo, y seguirá a él una larga disolución social.

«Preocupado yo con estas ideas, se conocerá fácilmente por qué he debido permanecer fiel, como individuo, a lo que consideraba como la mejor garantía de las libertades públicas, el camino menos peligroso para llegar al complemento de esas libertades.

«No es que pretenda ser un predicador llorón de política sentimental, o un repetidor de penacho blanco y de lugares comunes a lo Enrique IV. Al recorrer con la vista el espacio que separa la torre del Temple del castillo de Edimburgo, encontraría, sin duda, tantas calamidades hacinadas como siglos hay acumulados sobre una noble raza.

«Hay individuos que después de haber prestado juramento a la República, una e indivisible, al Directorio en cinco personas, al Consulado en tres, al Imperio en una sola, a la primera Restauración, al Acta adicional, a las constituciones del Imperio y a la segunda Restauración, tienen todavía algo que prestar: yo no soy tan rico.

«Hay hombres que arrojaron su palabra en la plaza de la Grève, en julio, como aquellos pastores romanos que jugaban a *pares y nones* entre las ruinas, y llaman necio y tonto al que no reduce la política a intereses privados: yo soy necio y tonto.

«Hay miedosos que hubieran deseado no jurar; pero que se veían ya degollados ellos, sus abuelos, hijos y todos los propietarios si no tartamudeaban un juramento: éste es un efecto físico que aun no he sentido; aguardaré el achaque, y, si sobreviene, ya veré lo que he de hacer.

«Hay grandes señores del Imperio unidos a sus pensiones por lazos sagrados e indisolubles, sea cual fuere la mano de que las reciben; una pensión es, a sus ojos, un sacramento que imprime carácter, como el sacerdocio y el matrimonio; todo individuo pensionado no puede cesar de estarlo; habiendo quedado las pensiones a cargo del Tesoro, permanecen a cargo del mismo tesorero; yo tengo la costumbre de divorciarme con la fortuna; demasiado viejo para ella, la dejo por temor de que ella me deje a mí.

«Hay distinguidos varones del trono y del altar que no han hecho traición a las ordenanzas, ¡no!, pero la insuficiencia de los medios empleados para ponerlas en ejecución ha irritado su bilis, e indignados de que no se haya entronizado el despotismo, han ido a buscar otra antecámara: me es imposible compartir su indignación ni su morada.

«Hay hombres de conciencia que no son perjuros más que por ser perjuros, que, cediendo a la fuerza, no por eso están menos por el derecho: lloran por

la suerte de ese pobre Carlos X, a quien arrastraron primero a su perdición con sus consejos, y condenaron después a muerte con su juramento; pero si alguna vez aquél o su raza resucita, serán partidarios de la legitimidad: yo he sido siempre adicto a la muerte, y sigo el convoy fúnebre de la antigua monarquía, como el perro del pobre.

«Por último, hay caballeros leales que tienen en sus bolsillos dispensas de honor y permisos de infidelidad: yo no los tengo.

«Yo era el hombre de la Restauración posible, de la Restauración con toda clase de libertades. Esa Restauración me miró como a enemigo, y se ha perdido: yo debo sufrir su suerte. ¿Iré a asociar los pocos años que me restan de vida a una nueva fortuna, como esas colas de vestido que las mujeres arrastran por el salón de la corte, y sobre las que todo el mundo puede marchar? A la cabeza de las generaciones jóvenes, sería yo sospechoso, y detrás de ellas no es mi puesto. Conozco muy bien que ninguna de mis facultades ha envejecido; comprendo mi época mejor que nunca; penetro en el porvenir más osadamente que nadie; pero la fatalidad ha decidido: acabar la vida a tiempo es condición indispensable en el hombre público.»

Al fin han llegado a ver la luz pública los *Estudios históricos*: a continuación copio el *Prefacio*, que es una verdadera página de mis *Memorias* y contiene mi historia en el momento en que escribo:

PREFACIO

«Tened presente, para no perder de vista el curso del mundo, que en aquella época (*la caída del imperio romano*) había ciudadanos que, como yo, registraban los archivos de lo pasado en medio de las ruinas de lo presente, que escribían la historia de las antiguas revoluciones al ruido de las revoluciones nuevas; apoyándose, como también yo, en la piedra caída del edificio ruinoso a nuestros pies, esperando la que había de aplastar nuestras cabezas.»

(*Estudios históricos.*)

«No quisiera, por lo que me resta de vida, volver a principiar los diez y ocho meses que han transcurrido. Nadie podrá nunca formarse idea de la violencia que me he hecho; me he visto obligado a abstraer mi ánimo diez, doce y quince horas diariamente, de todo cuanto pasaba alrededor mío, para entregarme puntualmente a componer una obra de la que

nadie leerá una sola página. ¿Quién ha de leer cuatro abultados tomos, cuando tanto trabajo cuesta leer el folletín de una gaceta? Yo escribía la historia antigua, al par que la historia moderna estaba llamando a mis puertas: en vano le gritaba: «Aguardad, en seguida soy con vos»; pues pasaba al ruido del cañón, llevándose tres generaciones de reyes.

»Y qué en armonía está el tiempo con la naturaleza misma de estos *Estudios*! Se derriba la cruz; se persigue a sus apóstoles, y en todas las páginas de mi narración se trata de reyes y sacerdotes: se destierra a los Capetos, y publico una historia en que los Capetos ocupan ocho siglos. El último y más largo trabajo de mi vida, el que me ha costado más investigaciones, más cuidados y más años; aquel en que he revuelto, quizá, más ideas y más hechos, aparece cuando no puede encontrar lectores: es como si lo arrojase en un pozo en donde va a hundirse bajo el montón de escombros que irán detrás. Cuando una sociedad se compone y descompone; cuando se trata de la existencia de cada uno y de todos; cuando no está uno seguro del porvenir de una hora, ¿quién se cuida de lo que hace, dice y piensa su vecino? ¿Es oportuno cuidarse de Nerón, de Constantino, de Juliano, de los apóstoles, de los mártires, de los padres de la Iglesia, de los godos, de los hunos, de los vándalos, de los francos, de Clodoveo, de Carlomagno, de Hugo Capeto y de Enrique IV? ¿Es oportuno hablar del naufragio del mundo antiguo cuando nos hallamos envueltos en el naufragio del mundo moderno? ¿No es una especie de chochez o de debilidad tratar de literatura en este momento? Es cierto; pero esa chochez no depende de mi cerebro, sino de los antecedentes de mi mala fortuna. Si no hubiera hecho tantos sacrificios a las libertades de mi país, no me hubiera visto precisado a contraer compromisos que acaban de cumplirse en circunstancias doblemente deplorables para mí. Ningún autor se ha visto en una prueba semejante: a Dios gracias, llega a su término: no tengo ya más que sentarme sobre ruinas y despreciar esta vida que desdeñaba cuando joven.

»Después de estas lamentaciones bien naturales y que se me han escapado involuntariamente, viene a consolarme un pensamiento: he comenzado mi carrera literaria por una obra en que consideraba el cristianismo bajo el aspecto poéti-

co y moral, y concluyo por otra en que considero la misma religión bajo el aspecto filosófico e histórico: empecé mi carrera política bajo la Restauración, y la terminé con la Restauración. No sin cierta satisfacción secreta me encuentro así consecuente conmigo mismo.»

No he abandonado el propósito que concebí en el momento de la catástrofe de julio, y me he ocupado en los medios de vivir en tierra extraña, medios difíciles, pues nada poseo. El que adquiere mis obras casi ha hecho quiebra, y mis deudas me impiden encontrar quien quiera prestarme.

De todos modos, marché a Ginebra con la suma que me ha procurado la venta de mi último folleto, *De la Restauración y de la Monarquía electiva*. Dejo mis poderes para vender la casa donde ahora escribo. Si encuentro quien me compre mi lecho, podré hallar otro fuera de Francia. En estas incertidumbres y movimientos, hasta tanto que esté establecido en alguna parte, me será imposible continuar mis *Memorias* en el punto en que las interrumpí (1). Seguiré, pues, escribiendo las cosas del momento actual de mi vida, y dando a conocer esas cosas por las cartas que tendré que escribir por el camino o en los diferentes puntos de parada. Uniré los hechos intermedios por un *diario* que llene los huecos que hayan quedado entre las fechas de esas cartas.

CARTAS Y VERSOS A LA SEÑORA RECAMIER.
— DIARIO. — DEPENDIENTES DEL SEÑOR DE LAPANOUZE. — LORD BYRON. — FERNEY Y VOLTAIRE. — EXCURSIÓN INÚTIL A PARÍS.

A la señora Recamier (2).

«Lyon, miércoles 18 de mayo de 1831.

»Véame aquí bien lejos de usted. Já más he hecho viaje más triste: ¡tiempo

(1) Esto se refiere a mi carrera literaria y a mi carrera política dejadas atrás, lagunas que he llenado con lo que he escrito en estos últimos años de 1837 y 1839.

(2) Jacinto tiene la costumbre de copiar, casi a pesar mío, mis cartas y las que me escriben, porque dice haber observado que con frecuencia me veía atacado por personas que me habían escrito lisonjas sin cuento o se habían dirigido a mí para que les sirviera en alguna cosa. Cuando esto sucede, registra los legajos que él solo conoce, y comparando el artículo invidioso con la carta lisonjera, me dice: «Mirad, señor, si he hecho bien.» Yo no lo creo así; no doy la menor fe ni la menor importancia a la opinión de los hombres: tomo a éstos por lo que son y los estimo en lo que valen. Nunca les opondré por cuenta mía lo que han dicho de mí públicamente y lo que me han dicho en secreto; pero esto divierte a Jacinto. Yo no conservaba copia de mis cartas a la señora de Recamier, la cual ha tenido la bondad de facilitármelas.

(Nota de París, 1836.)

admirable! Una naturaleza toda engalanada, elruiseñor dejando oír sus trinos, la noche estrellada; y todo, ¿para quién? Preciso será que vuelva a donde usted está, a menos que acuda usted en mi auxilio.»

«Lyon, viernes 20 de mayo.

»Ayer pasé el día vagando por las orillas del Ródano: contemplé la ciudad en que usted nació, la colina donde se elevaba el convento en que la eligieron como la más bella, esperanza que no ha desmentido usted. ¡Y usted no se halla aquí y han transcurrido años, y ha sido desterrada en otro tiempo en su cuna, y madama de Staël ya no existe, y yo dejo Francia! Se me ha presentado un personaje singular de esos antiguos tiempos: envió a usted su billete a causa de lo inesperado y de la sorpresa. Ese personaje, a quien nunca había visto, está plantando pinos en las montañas del territorio de Lyon. Mucha distancia hay de esto a la calle de *Feydeau* y a la *Casa en venta*: ¡cómo cambian los papeles sobre la tierra!

»Jacinto me ha enviado las lamentaciones y artículos de periódicos: no valgo tanto. Bien sabe usted que creo eso sinceramente de las veinticuatro horas las veintitrés: la hora vigésima cuarta está consagrada a la vanidad; pero no tiene donde arraigarse, y pasa pronto. No he querido ver a nadie aquí. El señor Thiers, que se encaminaba al Mediodía, ha forzado mi puerta.»

«Lyon, domingo 22 de mayo.

»Mañana salimos para Ginebra, en donde encontraré otros recuerdos de usted. ¿Volveré a ver Francia después que haya pasado la frontera? Sí, si usted quiere; es decir, si permanece en ella. No deseo los sucesos que pudieran ofrecerme otra probabilidad de regreso: nunca haré entrar las desgracias de mi país en el número de mis esperanzas. Le escribiré el martes 24 desde Ginebra. ¿Cuándo volveré a ver su letra menudita, hermana menor de la mía?»

«Ginebra, martes 24 de mayo.

»Habiendo llegado aquí ayer, estamos buscando casa. Es probable que nos acomodemos en un pequeño pabellón a orillas del lago. No puedo expresarle lo tris-

te que estoy al ocuparme en estos arreglos. ¡Todavía otro porvenir; volver a empezar de nuevo una vida cuando yo creía haber concluido! Pienso escribirle una larga carta cuando esté más descansado: temo ese reposo, porque entonces veré sin distracción esos años oscuros en que entro con el corazón oprimido.»

«3 de junio de 1831.

»Ya sabe usted que se ha establecido una secta reformada entre los protestantes. Uno de los nuevos pastores de esta nueva Iglesia ha venido a visitarme, y me ha escrito dos cartas dignas de los primeros apóstoles. Quiere convertirme a su fe y yo hacer de él un *papista*. Disputamos como en los tiempos de Calvino, pero queriéndonos como dos hermanos en Cristo y sin quemarnos. No desesperé de su salvación, pues no sabe qué contestar a mis argumentos en favor de los papas. No puede usted imaginarse el grado de exaltación a que ha llegado y es admirable su candor. Si usted llega acompañada de mi antiguo amigo Ballanche, haremos prodigios. En uno de los periódicos de Ginebra se anuncia una obra de controversia protestante, y se invita a los autores a que se mantengan firmes, porque se encuentra preparado aquí el autor de *El Genio del Cristianismo*.

»Es consolador en cierto modo hallar una pequeña república libre, administrada por los hombres más distinguidos, y donde las ideas religiosas son la base de la libertad y la principal ocupación de la vida.

»He almorzado en casa del señor de Constant, al lado de la señora Necker, sorda por desgracia, pero mujer de una distinción singular; no hemos hablado más que de usted.

»Al fin, allá van versos. Es usted mi estrella y la aguardo para ir a esa isla encantada.

»Delfina casada, ¡oh musas! En mi última carta ya le dije a usted por qué no podía escribir ni sobre la Cámara de los Pares ni sobre la guerra: atacaría a un Cuerpo indigno, del que formé parte, y predicaría el honor a quien no lo tiene ya.

»Se necesita un marino para leer los versos y comprenderlos. Me recomiendo al señor Lenormant. La inteligencia de usted bastará para las tres últimas estrofas, y la palabra del enigma se encuentra al pie.»

«El naufrago.

»¡Deshecho por el aquilón, encallado en la arena, viejo barco estropeado cuya suerte tocaba a su fin, y que la muerte implacable, cual rudo carpintero, iba a hacer pedazos en el puerto!

»Bajo el abandonado puente sólo habita un guardián; en otro tiempo le viste sobre tu castillo de proa, impaciente por encontrar escollos y arrastrar súbitas tormentas, silbando para amofinar el viento.

»Unas veces sobre tu bauprés, como jinete intrépido, reía cuando brincabas hundiendo la cabeza en las olas; otras, desde lo alto del mástil veloz, gritaba a los marineros: ¡tierra!

»Ahora, retirado en la carena gastada, con la tez curtida, la cabeza cana, las manos embreadas y los ojos garzos, el reloj de arena casi vacío y la brújula rota, se parece al ermitaño de los mares.

»Pensabais desfallecer amarrados a la orilla, viejo barco y viejo piloto, y ambos os engañáis: el huracán os sorprende y os arrastra a la deriva, silbando sobre las olas negras y azules.

»Cortada vuestra carrera en el primer arrecife, se detendrá, y, de repente, se abrirán vuestros costados. ¡Zozobráis! ¡Esto es hecho! Y vuestra áncora descantillada se escurre y trabaja vanamente en el fondo.

»Ese barco es mi vida, y ese nauta yo mismo. ¡Me he salvado! Mis días han sido arrancados al mar: un astro me ha mostrado su luz, que yo adoro, cuando los demás se han ocultado.

»Esa estrella de la tarde que disipa la tempestad y tan bien lleva el nombre de la belleza, guiará mi naufragio sobre el abismo tranquilo a alguna playa encantada.

»Hasta mi último punto, ¡oh dulce y encantadora estrella!, seguiré tus rayos siempre nuevos y puros; y cuando ceses de lucir sobre mis velas, brillarás sobre mi tumba.»

«Ginebra, 18 de junio de 1831.

»Ha recibido usted todas mis cartas, y espero incesantemente algunas palabras suyas: bien veo que nada tendré, pero me extraño siempre cuando el correo no me trae más que los periódicos. Nadie en el mundo me escribe sino usted; nadie se acuerda de mí más que usted, y eso es para mí una delicia in-

fable. Adoro su carta solitaria, que no llega a mí como llegaba en los tiempos de mis grandezas, entre paquetes de despachos y entre otras de cariño, admiración y bajezas que desaparecen con la fortuna. Después de sus breves cartas veré su linda persona, si no voy yo a reunirme con ella. Usted será mi albacea testamentario; venderá mi pobre retiro, y el precio podrá servirle para viajar hacia el sol. En este momento hace un tiempo admirable: desde donde le escribo diviso el Mont-Blanc en todo su esplendor; desde su cima se ve el Apennino: me parece que no me falta más que tres pasos para llegar a Roma, donde iremos, porque todo se arreglará en Francia.

»Sólo faltaba a nuestra gloriosa patria, para pasar por todas las miserias, tener un gobierno de cobardes: ya lo tiene, y su juventud va a sumergirse en la doctrina, la literatura y la disipación, según el carácter particular de los individuos. Queda el capítulo de los accidentes; pero cuando uno se arrastra, como yo lo hago, por el camino de la vida, el accidente más probable es el término del viaje.

»No trabajo, ni puedo hacer nada: me fastidio: ésa es mi naturaleza, y estoy como el pez en el agua: de todas maneras, si el agua fuese menos profunda, quizá estaría mejor.»

Me he establecido en Paquis con la señora de Chateaubriand, y he hecho conocimiento con el señor Rigaud, primer síndico de Ginebra; más allá de su casa, a orillas del lago, subiendo el camino de Lausana, se encuentra la posesión de dos dependientes del señor de Lapanouze, que han gastado un millón quinientos mil francos en construirla y en plantar sus jardines. Cuando paso a pie por delante de su morada admiro a la Providencia, que en ellos y en mí ha puesto en Ginebra testigos de la Restauración. ¡Qué necio! ¡Qué necio soy! El señor de Lapanouze le echaba de realista y de pobre conmigo: véase a dónde han llegado sus dependientes por haber favorecido la conversión de las rentas que yo tenía la nobleza de combatir, y por lo que fui derribado. Ahí están esos señores que llegan en su elegante tálburi, con el sombrero sobre la oreja, en tanto que yo tengo que echarme en un barranco para que la rueda no se lleve un faldón de mi vieja levita. Y, no obstante, yo he sido par de Francia, ministro, embajador, y tengo en una caja de cartón to-

das las principales órdenes de la cristianidad, incluso las del Espíritu Santo y del Toisón. Si los dependientes del señor César Lapanouze, millonarios, quisieran comprarme mi caja de cintas para sus mujeres, me harían un favor especial.

Sin embargo, no es todo rosas todavía para los señores B...: todavía no son nobles ginebrinos; es decir, que no están aún en la segunda generación; que su madre habita en lo bajo de la ciudad, y no ha subido al barrio de San Pedro, que es el de Saint-Germain de Ginebra; pero, con la ayuda del Todopoderoso, tras del dinero vendrá la nobleza.

En 1805 fué cuando vi Ginebra por primera vez. Si hubiesen transcurrido dos mil años entre las dos épocas de mis dos viajes, ¿estarían más separadas una de otra de lo que lo están? Ginebra pertenecía a Francia; Bonaparte brillaba en toda su gloria: madama de Staël en toda la suya: nadie hablaba de los Borbones, como si nunca hubieran existido, y Bonaparte, madama de Staël y los Borbones, ¿qué ha sido de ellos? ¡Y yo todavía estoy aquí!

El señor de Constant, primo de Benjamin Constant, y la señorita de Constant, anciana soltera, llena de ingenio, virtud y talento, habitan su cabaña de Souterre, a orillas del Ródano, cuyo sitio está dominado por otra casa de campo, que fué en otro tiempo del señor de Constant: éste la vendió a la princesa Belgiojoso, desterrada milanese a quien vi pasar como una pálida flor por la fiesta que di en Roma a la gran duquesa Elena.

Durante mis paseos por agua, un anciano barquero me refiere lo que hacía lord Byron, cuya morada se divisa en la orilla saboyana del lago. El noble par aguardaba a que se levantara una tempestad para navegar: desde el borde de la barca se arrojaba al agua, y se encaminaba nadando a las prisiones feudales de Bonivard; era siempre el actor y el poeta. Yo no soy tan original: también me gustan las tempestades, pero mis amores con ellas son secretos, y nunca los confío a los barqueros.

Detrás de Ferney he descubierto un pequeño valle por donde corre un arroyo de siete a ocho pulgadas de profundidad, que baña las raíces de algunos sauces, se oculta aquí y acullá bajo capas de bejros, y hace temblar juncos sobre cuyas puntas se mecen insectos de azules alas. ¿El hombre de las trompetas llegó a ver

este asilo del silencio casi contiguo a su ruidosa casa? No, indudablemente: pues bien, el agua está allí y todavía huye: ignoro su nombre, o quizá no le tenga: los días de Voltaire han pasado: únicamente su fama hace un poco de ruido en un rincón de nuestra pequeña tierra como aquel arroyo se hace oír a una docena de pasos de sus orillas.

Una cosa me admira siempre que pienso en Voltaire: con un talento superior, raciocinador e ilustrado, permaneció completamente ajeno al cristianismo: nunca vió lo que todos ven; que el establecimiento del Evangelio, considerado solamente bajo el aspecto humano, ha sido la mayor revolución que se ha efectuado en la tierra. Es verdad que en el siglo de Voltaire a nadie se le ocurrió esa idea. Los teólogos defendían el cristianismo como un hecho consumado, como una verdad basada en las leyes emanadas de la autoridad espiritual y temporal: los filósofos la atacaban como un abuso introducido por los curas y los reyes: nadie iba más allá. No dudo que si hubieran podido presentar de repente a Voltaire el otro lado de la cuestión, habría hecho mella en su inteligencia lúcida y pronta: se avergüenza uno de la manera mezquina y limitada como se trataba un asunto que abarca nada menos que la transformación de los pueblos, la introducción de la moral, un nuevo principio social, otro derecho de gentes, otro orden de ideas, el cambio total de la humanidad. Por desgracia, el gran escritor que se pierde difundiendo ideas funestas, arrastra, al caer, muchos talentos de no tanta extensión: se asemeja a esos antiguos déspotas de Oriente, sobre cuya tumba se inmolaban esclavos.

Allí, en Ferney, donde ya no entra nadie; en ese Ferney, a cuyo alrededor voy a pasearme solo, ¡cuántos personajes célebres han ido! Todos duermen reunidos para siempre en el fondo de las cartas de Voltaire, su templo subterráneo: el soplo de un siglo se debilita por grados y se extingue en el silencio eterno a medida que se principia a oír la respiración de otro siglo.

¡Oh dinero, a quien tanto he despreciado y a quien no puedo amar por más que lo intento; me veo, a pesar de todo, precisado a confesar que tienes tu mérito! Causa de la libertad, arreglas mil cosas en nuestra existencia, en la que

todo es difícil sin ti. Exceptuando la gloria, ¿qué es lo que tú no puedes proporcionar? Contigo es uno hermoso, joven, adorado: se tienen consideraciones, honores, cualidades, virtudes. Me diréis que con el dinero no se tiene más que la apariencia de todo eso: ¿qué importa, si yo creo verdad lo que es falso? Engañadme bien, y os perdono lo demás; ¿es otra cosa la vida que un engaño?

Aun tendría un medio de subsistir; podría dirigirme a los reyes, y, como todo lo he perdido por su corona, sería bastante justo que me mantuvieran. Pero esa idea, que debería ocurrírseles, no se les ocurre, y a mí menos todavía. Antes que sentarme en los banquetes de los monarcas preferiría volver de nuevo a la dieta que sufrí en otro tiempo en Londres con mi pobre amigo Hingant. Sin embargo, la dichosa época de los graneros ha pasado, no porque en ella pudiera encontrarme muy bien, pues carecía de comodidades, ocuparía demasiado sitio con las guarniciones de mi fama, y no estaría allí con mi única camisa y el cuerpo esbelto de un desconocido que no ha comido. Tampoco está ya ahí mi primo la Bouetardaye para tocar el violín sobre mi jergón con su traje encarnado de consejero del parlamento de Bretaña, y cubriéndose, para guarecerse del frío de la noche, con una silla, a manera de manta: tampoco está Peltier para darnos de comer con el dinero del rey Cristóbal, y, sobre todo, falta la maga, la Juventud, que, con una sonrisa, cambia la indigencia en riqueza, que nos da por querida a su hermana menor la Esperanza, tan engañosa ésta como la otra, pero que vuelve todavía cuando la otra ha huído para siempre.

Había olvidado las miserias de mi primera emigración, y me había figurado que bastaba abandonar Francia para conservar en paz el honor con el destierro: si no se tratara más que de mí, estaría perfectamente en un hospital; pero, ¿y la señora de Chateaubriand? Apenas me he establecido, cuando al dirigir una mirada hacia el porvenir me acomete la inquietud.

Me escribían de París que no se podía vender mi casa de la calle del Infierno sino a un precio que no bastaría a cubrir las cargas que pesaban sobre aquella ermita; aun cuando se podría hacer algo si iba yo. En vista de esto, hice una excursión inútil a París, porque ni encontré buena voluntad ni compra-

dor; pero volví a ver la Abadía del Bosque, y algunos de mis nuevos amigos. La víspera de mi regreso comí en el *Café de Paris* con los señores Arago, Pouqueville, Carrel y Béranger, todos ellos más o menos descontentos y engañados por la *mejor de las repúblicas*.

CONTINUACIÓN DEL DIARIO. — EL SEÑOR A. CARREL. — EL SEÑOR DE BÉRANGER. — PROPOSICIÓN BAUDE Y BRIQUEVILLE SOBRE EL DESTIERRO DE LA RAMA PRIMOGENITA DE LOS BORBONES. — CARTA AL AUTOR DE LA «NÉMESIS».

Mis *Estudios históricos* me pusieron en relaciones con el señor Carrel, como me hicieron conocer a los señores Thiers y Mignet. En el prefacio de esos estudios había yo copiado un pasaje bastante extenso de la *Guerra de Cataluña*, por el señor Carrel, y especialmente este párrafo: «Las cosas, en sus continuas y fatales transformaciones, no arrastran consigo todas las inteligencias, no dominan todos los caracteres con la misma facilidad, ni se cuidan siquiera de todos los intereses: esto es lo que debe comprenderse para perdonar algo a las profetas que se elevan en favor del pasado. Cuando acaba una época, se rompe el molde, y basta a la Providencia que no pueda rehacerse; pero de los fragmentos que quedan en el suelo hay algunos que son muy dignos de contemplación.»

A continuación de estas hermosas frases añadía yo este resumen: «El hombre que ha podido escribir estas palabras puede simpatizar con los que tienen fe en la Providencia, respetan la religión del pasado y tienen también sus ojos fijos sobre escombros.»

El señor Carrel fué a darme las gracias. Era éste, a la vez, el valor y el talento de *El Nacional*, en el que trabajaba con los señores Thiers y Mignet. El señor Carrel pertenece a una familia de Rouen, piadosa y realista: la ciega legitimidad, que rara vez distinguía el mérito, desconoció al señor Carrel. Altivo, y conociendo su valor, se refugió en opiniones generosas, donde encuentra una compensación a los sacrificios que se impone: le sucedió lo que le sucede a todos los caracteres aptos para los grandes acontecimientos. Cuando circunstancias imprevistas les obligan a encerrarse en un círculo estrecho, consumen facul-

tades superabundantes en esfuerzos que sobrepujan a las opiniones y a los hechos del día. Antes de las revoluciones mueren desconocidos hombres superiores; su público no ha llegado todavía; después de las revoluciones, hombres superiores, mueren abandonados; su público se ha retirado.

El señor Carrel no es feliz: nada hay más positivo que sus ideas, ni más novelesco que su vida. Voluntario republicano en España en 1823, prisionero en el campo de batalla, condenado a muerte por las autoridades francesas, y escapado a mil peligros, el amor va mezclado a los disturbios de su existencia privada. Necesita proteger una pasión que sostiene su vida, y ese hombre valiente, dispuesto siempre, en medio del día, a arrojarse sobre la punta de una espada, pone ante él los postigos y las sombras de la noche. Pasea los campos silenciosos con la mujer amada en aquellos primeros albores en que el toque de diana le llamaba al ataque de las tiendas del enemigo.

Dejó a Armando Carrel para decir unas cuantas palabras acerca de nuestro célebre cancionero. Lector, quizás encontrarás mi narración sobrado corta; pero tengo derecho a tu indulgencia; su nombre y sus canciones deben quedar impresos en tu memoria.

El señor de Béranger no se ve obligado, como el señor Carrel, a ocultar sus amores. Después de cantar la libertad y las virtudes populares, desafiando los calabozos de los reyes, pone sus amores en verso, y hace a *Liseta* inmortal.

Junto a la barrera de los Mártires, en la parte baja de Montmartre, está la calle de la Tour-d'Auvergne. En esta calle, medio destruida y medio empedrada, y en una casa medio oculta detrás de un jardincillo, y calculada sobre la modicidad de las fortunas actuales, hallaréis al ilustre cancionero. Una cabeza calva, un aire algo rústico, pero afable y voluptuoso, anuncian al poeta. Descanso con placer mi mirada sobre aquella figura plebeya, después de haber contemplado tantos rostros reales, y comparo tipos tan diferentes: en las frentes monárquicas se ve algo de una naturaleza elevada, pero marchita, impotente, gastada: en las frentes democráticas aparece una naturaleza física común; pero se reconoce una naturaleza intelectual elevada: la

frente monárquica perdió ya la corona; la frente popular la está esperando.

Nuestro cancionero reúne las diferentes cualidades que Voltaire exige para la canción: «Para triunfar en estas composiciones ligeras — dice el autor de tantas graciosas poesías —, se necesita finura y sentimiento en el ánimo, armonía en la cabeza, no elevarse ni rebajarse demasiado, y no ser sobradamente extenso.»

Béranger tiene muchas musas, encantadoras todas, y cuando éstas son mujeres, a todas las ama. Cuando le hacen traición, no vuelve a la elegía, y, sin embargo, en el fondo de su alegría se nota un sentimiento de piadosa tristeza: es una figura seria que sonríe, es la filosofía que ruega.

Mi amistad hacia el poeta me ha valido no pocas sorpresas de parte de lo que se llamaba mi partido: un antiguo caballero de San Luis, a quien no conozco, me escribía: «Alégrese, caballero, de ser ensalzado por el que ha abofeteado a su rey y a su Dios.» ¡Muy bien, mi noble hidalgo! También usted es poeta.

Al finalizarse una comida en el *Café de Paris*, comida que daba yo a los señores Béranger y Armando Carrel, antes de marcharme a Suiza, nos cantó la admirable canción impresa:

«Chateaubriand, ¿por qué huir de tu patria, abandonar su amor, nuestros homenajes y nuestros cuidados?»

Se notaba en ella esta estrofa sobre los Borbones:

«¡Y tú querías asociarte a su caída! Conoces mejor su loca vanidad: en el número de los males que al cielo mismo imputa su corazón ingrato pone tu fidelidad.»

A esta canción, que es de la historia de la época, contesté desde Suiza con una carta que se halla impresa al frente de mi folleto sobre la proposición Briquetville. Le decía en ella: «Desde el sitio en que le escribo, divisó la casa de campo que habitó lord Byron y los techos del palacio de madama de Staël. ¿Dónde está el bardo de *Childe-Harold*? ¿Dónde la autora de *Corina*? Mi vida demasiado larga se parece a esas vías romanas sembradas de monumentos fúnebres.»

Volví a Ginebra, traje inmediatamente